





NUEVO, Y CURIOSO ROMANCE DEL CAUTIVERIO DE dos finos amantes, llamados BELARDO, Y LUCINDA.

EN el Alcazar de Venus,
junto al Dios de los Planetas,
donde el Palenque de Adonis
tiene puesta su belleza.
Circulo del quarto asiento,
donde las Moras mas bellas
tienen preso al Dios Cupido
entre amorosas cadenas.
Es la gran Constantinopla,
Corte de la infame Secta,
donde el gran Sultan Selin
tiene sentada su fuerza.
Este tal tiene una hija,
de aqueste Imperio heredera,
Lucinda tiene por nombre,
y de luce su belleza,
mas que el Trono de Amarilis,
mas que el Cielo de Amaltéa.
Herida está del amor,
porque una amorosa flecha,
le traspasa el corazon
Cupido con sus saetas,
por lo qual para penar
ardia en ardientes quexas.
Y fué la causa un Cautivo
de la Ciudad de Valencia,
que en los jardines del Turco
las plantas cultiva, y riega,
mozo galan, y alentado,
y de grande gentileza.
Mas Lucinda qne no duerme,
que con ansias se desvela,
por vér, que remedio dàr
para gozar esta empresa,
á despojos de Cupido
dió lugar la Primavera.
Y fué, que estando Belardo
algo quexoso una siesta,
cantando de su fortuna
las sin razones adversas,
à el pie de una hermosa fuente,
cuya corriente risueña
en gargantillas murmura
lo que distribuye en perlas,
con un hermoso instrumento,
cuyas concertadas cuerdas
dán principio á sus acentos,
que dicen de esta manera:
ó Virgen ! pues sois mi Madre,
tened ya de mi clemencia,
si nací para penar,
el Cielo me dé paciencia.
Lucinda, que ya no puede
resistir tantas ternezas, ha-

hacia donde está su amante
paso entre paso se llega,
y dice Cristiano amigo,
qué tienes? Porqué te quexas?
Syrena soy, que tu canto
la memoria tengo puesta
entre mi amor, y tus versos,
tenlo por cosa muy cierta.
Por qué lloras, alma mia?
No derrames tantas perlas,
que segun sienten tus ojos,
en mi alma estan deshechas.
Alzó el Cristiano la cara,
y mirando á la Princesa,
con una serena risa
le dice de esta manera:
quando merecí Señora,
que vuestra Alteza me vea,
porque es gran dicha en un triste
el que lo mire una Reyna.
Dixo Lucinda: mis glorias
es vér unas Azuzenas:
se me ha perdido un diamante
á el pie de aquesta maceta,
y ahora lo he venido à hallar
junto á esta fuente risueña.
El Cristiano, que la entiende,
le dice de esta manera:
ese diamante, Señora,
es un fuego, que me quema,
y no se puede gozar,
diamante con falsa piedra.
Lucinda le echó los brazos
con amorosa presteza,
diciendo: dueño del alma,
lo que quiero es que me quieras,
porque el fuego de tus ojos
es un bolcan, que me quema,
yo me muero, tu lo sabes,
y si tú no lo remedias,
la fuerza de mucho amar,
me hará perder la paciencia,

Dixo Belardo: Señora,
reportate, que estás ciega,
que soy Cristiano, y Cautivo,
y vengo de baxa esfera,
y tu Mora, y de este Imperio
eres Señora, y Princesa,
y no puede haver amor
donde la Ley no empareja.
Dixo Lucinda: Belardo,
no seas de esa manera,
que eres niño, y no lo entiendes,
y es cosa muy lisongera
no gozar de la ocasion
quando el amor lo desea.
No seas ingrato, bien mio,
porque un alma q̃ anda en penas
ha llegado á vér el Cielo,
que es la gloria, que desea.
Tú eres el Cielo, Belardo,
y yo el alma, que anda en pena:
sabrás, q̃ el verme en tus brazos
muchos suspiros me cuesta.
Belardo, que ya no puede
resistir tantas ternezas,
sobre un alfombrado suelo
pasó el rigor de la siesta.
En el golpe del cuydado,
y en el mar de sus ideas,
quedó la Reyna dormida,
y el Cristiano, que está alerta,
acordó dentro en su pecho
de bautizar á la Reyna,
con una concha de plata,
que ella misma trae puesta.
En nombre del Padre Eterno,
le echó el agua en la cabeza,
le puso Rosa por nombre,
Maria por mas grandeza.
Enternecido Belardo,
le dice diez mil ternezas;
despertó del dulce sueño,
como la Luna serena

quan-

quando sale de entre nubes
dando luz á las tinieblas.
Dixo Lucinda: Belardo,
yo he soñado aquesta siesta,
que estaba mi alma cautiva
en una prision perpetua,
y que tu me echabas agua,
y que me sacabas de ella.
Dixo Belardo: Señora,
es cosa muy verdadera,
sabrás, que ya estas Cristiana,
con la potestad immensa,
con el Divino rocio
saqué tu alma de penas:
te puse Rosa por nombre,
quedaste Rosa tan bella,
que un ramillete de flores
pareces entre azuzenas.
Los dos amantes se abrazan,
y con amor se requiebran.
Dixo Lucinda: Belardo,
ya no espero mas grandeza,
demas que ya estoy Cristiana,
sino que mi Esposo seas.
Yo te prometo esta noche,
antes que la Aurora bella
venga bordando claveles,
que nos vamos á tu tierra,
porque conozcas las ansias
de la que fué tu Princesa.
Se quita un sendal morado,
con un esmalte de perlas,
le dice: toma, Belardo,
de nuestra Fé verdadera
será este sendal testigo,
hasta llegar á tu tierra,
le dice: quedate á Dios,
antes que alguno nos sienta.
Se fué la Reyna, y Belardo
quedó vago entre tinieblas,
esperando, que su Esposa
le saque de aquellas penas.

Se dieron tan buena traza,
que en aquella noche mesma
aprestaron un barquillo,
y con él mil cosas buenas.
Los dos se metieron dentro,
y dulcemente navegan,
llevan por remos los gustos,
por arbol sus diligencias,
y por trinquete su amor,
y por descanso sus penas.
Por el mar de su esperanza
los dos amantes nevegan,
donde los lleva el viage,
allá los guia su estrella.
Mas no quiso la fortuna,
que llegaran á Valencia,
porque los echaron menos.
El Turco con rabia fiera
manda al punto, que los busquen
por el mar, y por la tierra.
Dos Galeras despacharon
muy ufanas, y sobervias,
carrozas de la fortuna,
que con bay benes navegan.
Despues vieron los amantes
las dos corsarias Galeras,
que les iban dando caza,
dixo Rosa con gran pena,
Belardo perdidos somos,
porque sin duda en mi tierra,
nos havrán echado menos,
porque dos Naos sobervias
vienen surcando las aguas,
navegando á toda priesa;
pues la inconstante fortuna
lo ordena de esta manera,
goze la mar en tu nombre
aquestas joyas, y perlas,
y pues que tu no las gozas,
nadie las goze en la tierra,
dixo echandolas al agua:
las dos corsarias que llegan cer-

cercan al triste barquillo
por tener poca defensa;
prenden á los dos amantes,
y á Turquía dan la vuelta,
el gran Sultan, que los viò,
luego al punto los sentencia
de que han de morir quemados,
que asi su Secta lo ordena.
Los infernales Ministros
encendieron una hoguera,
sacan á los dos amantes,
ay qué dolor! ay qué pena!
Belardo de veinte años,
su cara hecha una azuzena
entre candidos jazmines,
disciplinados de perlas,
y Rosa de diez y siete,
su cara una Rosa hecha,
emmarañado el cabello,
descalzos de pie, y pierna,
desnudos de medio arriba,
y con dos gruesas cadenas,
á porrazos, y empellones,
con sangre manchan la tierra.
Pregoneros ván delante
con quatro roncas trompetas,
que son lenguas del silencio,
que publican la sentencia.
Un Arco se vió en el Cielo,
con dos hermosas Diademas,
escritas con sangre roxa,
que publican su grandeza.
Reciban muerte los justos,
suban á la Gloria immensa,
y que los injustos queden
à pagar culpas eternas.
Llegaron hasta el incendio,
donde el fuego los espera;
estandolos para echar,
llegó un Moro á toda priesa;
de que dice el gran Sultan,
que les perdona su ofensa,
como manda el Alcorán,
que se casen en su Secta,
y les perdona su yerro,
y su cometida ofensa.
Respondió Rosa encendida
en vivo amor, que se quema:
corre perro, y di à mi Padre,
que reniego de su Secta,
que por no vér á Mahoma,
me arrojo á la muerte fiera.
Ea, valiente Belardo,
esta es la Fé verdadera
por ella hemos de morir,
viva Dios, viva la Immensa
MARIA llena de gracia,
y pues es de gracia llena,
pidamosle, que nos dé
para este martyrio fuerzas.
Ea, amante de mi alma,
pidele á Dios la paciencia,
que yo tambien de mi parte
el hacerlo asi me es fuerza.
Y arrojandolos al fuego,
se oyeron voces serenas,
que dicen: suban al Cielo,
pues la gloria les espera.
Rindió Belardo la vida,
y Rosa murió contenta;
y oy se vé, que están gozando
descanzo, paz, y clemencia
de Dios todo poderoso,
por siempre alabado sea.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Doña Maria de Ramos, y Coria Plazuela de las Cañas.